

## Jacques el fatalista: un laberinto de anacronismos y filosofía

Isaac Mauricio Moncada Dueñas

He aquí el gran pensador, el gran misterio, el gran creador, un enunciador más allá de donde llegan nuestros ojos. ¡He aquí el gran cerebro! Sabemos lo que piensa y lo que habla en la medida que lo redacta, un volcán de palabras que se ve incapaz de recitar si no es a puño y pluma, a punta de escritura. Sabemos que sigue unos pasos determinados, una lógica interna ajena que no podemos hacer más que intuir, un nivel de reflexión y raciocinio tan elevado que para nosotros es poco menos que una apuesta en blanco o una iluminación divina, por más paradójico que esto suene.

\*\*\*

Te veo confundido, querido lector, ya veo la pregunta escapándose de tus cuerdas vocales, «¿A qué viene todo esto?». Te pido entonces que tengas paciencia y no te alteres, la respuesta ya llegará. «¿Y eso será pronto?». Eso no lo sé, tal vez sí, tal vez no, tanto mejor que sea en el momento justo, no antes, no después. Regresemos al tema que nos concierne... hoy hace un clima agradable a mi parecer, un poco fresco y tranquilo, tengo una taza de cristal (a falta de un *old fashioned*, que sería la opción indicada) llena hasta la mitad con *curaçao* azul, ya he comido, me he bañado y me siento tan bien como puedo sentirme.

Si tengo que hablar de Denis Diderot<sup>1</sup> veo pertinente referirme a él como una caja negra capaz de imaginar y plasmar ideologías tan distantes de su época e ideas tan dispersas que resulta difícil imaginar que un solo autor logre hacerlo en un libro. Una lectura superficial de obras como *Jacques el fatalista*<sup>2</sup> lleva con facilidad a la desesperación, quizá el hartazgo (si es que son cosas diferentes). Una lectura dirigida a los aspectos formales de la narración se centraría en su estructura enmarcada, analizaría las historias de Jacques, su amo y el resto de personajes que entran y salen sin un propósito claro; tal vez preguntaría a dónde van y cómo concluyen dichas historias, si es que lo hacen en algún momento. Yo no haré eso, yo me centraré... «En el narrador, lo veo claro». Pues o me conoces muy bien o no me cono-

<sup>1</sup> Diderot (1713) nació en Langres, Francia, y se desarrolló como escritor y filósofo de la Ilustración; entre sus obras destacan *Enciclopedia, o Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios*, *La religiosa*, *Carta sobre los ciegos para uso de los que ven* y *Jacques el fatalista*, aquí tratada. Murió en julio de 1784 en París.

<sup>2</sup> Escrita entre 1765-1780, fue publicada de forma póstuma en 1796.

ces para nada, querido lector. He de admitirlo, el narrador es un tema en demasía interesante para mí, pero bien seguro estoy de que eso, o ya ha sido tratado o lo será tan pronto yo te haya dejado con una última pregunta. Tampoco diré que me olvidaré por completo de él, tarde o temprano regresará a estas páginas, pero no tiene ni tendrá mayor relevancia teórica, solo de estilo.

Aclaremos un poco las aguas antes, ¿te parece? La producción de Diderot no se limita a un solo aspecto, como la transgresión de la literatura o la recopilación de incontables saberes en una enciclopedia. «¿Es acaso la combinación de ambos?». Interesante pregunta es esa. Sí, es la combinación de ambos, pero no es todo. La obra de Diderot es sumamente sofisticada,<sup>3</sup> sus escritos tienen un trasfondo filosófico profundo, los cuales son «a menudo ignorados por los filósofos modernos pues no parecen ser filosofía tal como la conocen»,<sup>4</sup> pero está allí, siempre permeando incluso las conversaciones que pudiesen parecer cómicas o, en un principio, banales. Veamos un ejemplo que nos proporciona Jacques sobre su capitán y otro oficial con quien se batía a duelo:

[...] se dirigían duras palabras, echaban mano a la espada y se batían. Que no cayese herido uno de los dos, que el otro se precipitaba, lloraba, se desesperaba, lo llevaba a su casa, lo acostaba y no se movía de junto a su lecho en tanto no hubiese sanado. Ocho días después, quince días, un mes a lo sumo y vuelta a empezar [...] No faltó quien les reconviniera por lo extraño de esa conducta; yo mismo, pues mi capitán me había dado licencia para hablarle, decíale: «Pero, señor, ¿y si llegáis a matarlo?». Al oír tales palabras, se echaba a llorar, se cubría los ojos con las manos, corría por la casa como presa de locura. Dos horas más tarde, o su compañero lo traía herido, o él cumplía el mismo servicio con el otro.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> A nivel técnico, no como algo elegante o que apele al «buen gusto».

<sup>4</sup> Charles Wolfe y J. B., Shank, «Denis Diderot», s/p. Traducción propia.

<sup>5</sup> Denis Diderot, *Jacques el fatalista*, p. 65.

¿Te has dado cuenta, querido lector? No sé qué tan idealista seas, si es que al menos lo eres un poco, pero incluso si te decantas por las teorías materialistas (recuerda esto, lector) debes admitir que hay aquí un claro ejemplo de la dialéctica del amo y del esclavo,<sup>6</sup> el capitán de Jacques y el oficial subsisten gracias a su conflicto, el uno depende del otro en tanto quiere ser reconocido, quiere superarlo y, al lograrlo, quiere ser superado. «Y si uno mata al otro, ¿no quedarían ambos libres?». No, si se pierde uno se pierden ambos: «[...] así que se vieron separados, comprendieron la necesidad que tenían el uno del otro, y ambos cayeron en profunda melancolía». <sup>7</sup> Dicho de otra forma, el uno no puede existir sin el otro, cosa de la que el mismo Jacques está consciente y no es capaz de superar. «¿Cómo? ¿Jacques sabe que es un esclavo a la par que es amo de su amo, y aún así no logra superarlo? ¡Vaya idiota!». No desesperes ni lances injurias contra el pobre Jacques, lector, que, bien sé, has de estar intentando superar a alguien en este mismo instante y tal vez no lo sepas, e incluso si lo supieras, ¿cómo lograrías zafarte de eso? «No lo sé». Exacto, dejemos esto de lado y volvamos al texto. Veamos la explicación de Jacques, que de manera muy clara y divertida expuso tal condición:

JACQUES.—Estipulemos: primero, visto que está escrito allá arriba que soy para vos esencial y que yo percibo, yo sé que no podéis prescindir de mí, abusaré de esas prerrogativas todas y cada una de las veces que la ocasión se presente. [...] segundo, visto que tan imposible le resulta a Jacques ignorar su ascendiente y su fuerza sobre su amo, como a su amo desconocer su debilidad y despojarse de su indulgencia, preciso es que Jacques sea insolente y que, en aras de la buena concordia, su amo no se dé por enterado. Todo esto ha sido dispuesto sin nuestra intervención, todo fue firmado y sellado allá arriba cuando la naturaleza hizo a Jacques y a su amo. Fue decretado que vos llevaríais el título y yo poseería la cosa en sí.

<sup>6</sup> Esta será retomada a través de diversos artículos que lo explican, no directamente de Hegel, pues en caso de hacerlo ni tú ni yo lo entenderíamos a cabalidad, querido lector.

<sup>7</sup> *Ibid*, p. 66.

Y si quisierais oponeros a la voluntad de la naturaleza, no conseguiríais sino vanos efectos ilusorios.<sup>8</sup>

¿Lo ves ahora, querido lector? Jacques sabe mucho más de lo que le das crédito, sabe bien acerca de la dialéctica del amo y el esclavo. Concluyamos esta sección con una explicación que te dejará más clara la relación que hay entre Jacques y su amo: «Está escrito en el cielo que mientras viva Jacques y todo el tiempo que viva su amo, e incluso cuando ambos hayan muerto, se seguirá diciendo “Jacques y su amo”».<sup>9</sup>

Hace unos cuantos días le conté a un amigo de un lugar muy lejano un esbozo en extremo breve de lo que es esta obra: «Jacques es, como bien dice el nombre del libro, un fatalista<sup>10</sup> en todo el sentido de la palabra...» su primera reacción fue la de repudio contra esa idea de ‘destino’ que sigue Jacques, a pesar de que él mismo está más en línea con la idea de que nuestro entorno nos moldea y no de que nos moldeamos a nosotros mismos. Haré, entonces, una breve aclaración en caso de que la religión sea algo que te moleste, lector: Jacques no es ni católico, ni cristiano, ni protestante, mucho menos anglicano ni cualquier otra religión que conozcas; Jacques es *deísta*, probablemente más en línea con el Dios de Spinoza<sup>11</sup> que con un Dios personificado y omnisapiente, como se suele comprender.

<sup>8</sup> *Ibid*, p. 158.

<sup>9</sup> *Ibid*, p. 155.

<sup>10</sup> Entendiendo al fatalismo como un destino que se impone y niega la libertad del ser humano, sea por las leyes naturales, sobrenaturales, o por las experiencias adquiridas en sí. En el caso de Jacques (incluso de Diderot), resulta más sencillo realizar una lectura contemporánea si se reemplaza el término «fatalismo» por «determinismo», y se podría así eliminar la connotación negativa que ha adquirido «fatalismo» en el transcurso entre la escritura del texto y la de este ensayo.

<sup>11</sup> Maciag concluye que «el Dios de Spinoza es una potencia absoluta, idéntica con la Naturaleza, necesidad absoluta, causa necesaria de sí y del mundo, fuerza cósmica omniabarcante, pero impersonal, sin entendimiento y voluntad, que no es en realidad ningún Dios», por lo que no se habla propiamente de una religión, se habla de un camino al ateísmo. *Cfr.* Konrad Maciag, *El dios de Spinoza*, tesis de doctorado en filosofía, Universidad de Navarra, 2003.

\*\*\*

Si tuvieras ahora mismo tantas ideas como ha escrito o escribirá el cerebro del que te hablo, ¿te verías capaz de juzgar a cabalidad lo que ha o no ha hecho? ¿Serías capaz de delimitar sus intereses e ideales cuando en momentos no sabes siquiera dónde empieza el cerebro y dónde empieza la obra? Si tuvieras un cerebro rondando en casa, un cerebro en cuyos pliegues hay símbolos que supones un lenguaje ajeno al tuyo, pliegues que se fusionan lentamente con hojas de papel sobre las cuales los símbolos se entrelazan y transmutan en un idioma que se asemeja al tuyo, ¿podrías asegurarme que lo entiendes? Tal vez podrías leerlo, sí, pero ¿sabrías qué intenta decirte?

\*\*\*

Vamos muy rápido, lo sé, lector, pero debes entender que de no hacerlo nos tomaría quizá tantas páginas como la novela misma para analizarla de cabo a rabo. Hay tantas cosas ocultas entre las risas y el sinsentido aparente que es vertiginoso hasta para mí. «¿Qué significa el párrafo de arriba?». Pronto lo sabrás. «¿Por qué tiene que estar allí?». Porque está escrito allá arriba que debe ser así. Vamos, vamos, lector, eres un desesperado, al menos intenta contenerte hasta que el relato acabe antes de intentar descifrarlo, sé que eres curioso, pero veo en tu rostro formarse conjeturas que pueden o no contener la respuesta, y a ningún narrador le gusta que descubran antes de tiempo lo que dice, dejemos de lado ese párrafo y sigamos.

«¿Qué piensa Diderot acerca del determinismo?». Muy aguda pregunta haces, aunque si fueras capaz de preguntarle en persona, la respuesta variaría mucho de la conjetura contemporánea que mejor lo explica: «nuestro conocimiento acerca del mundo es derivado, ya sea por completo o al menos en gran parte, por nuestros sentidos».<sup>12</sup> Además, hay que tomar en cuenta que «todas las formas de materialismo son deterministas, pero en diferentes maneras».<sup>13</sup> ¿Recuerdas aquella cortísima anécdota que te conté acerca de mi amigo y

<sup>12</sup> Wolfe y Shank, *op. cit.*, p. 21. Traducción propia

<sup>13</sup> *Ibid*, p. 34. Traducción propia.

Jacques? Es eso lo que suscitó en mí una burla muy a su pesar, sigue siendo determinista (mas no me arrepiento, lector, pues de haber sido yo el que die-  
ra un desliz, a fe mía que se burlaría de la manera pertinente).

No olvidemos algo: Diderot, por muy anómalo que haya sido para su época, sigue siendo un hombre ilustrado, ve un poco de individualismo dentro de las personas incluso si él mismo está sujeto al exterior. «Pero ¿cómo? El humano es construido por su entorno, pero a veces es individualista y se construye a sí mismo. ¿Es que acaso Diderot fue un relativista?». Dificiles preguntas son las que plantea, lector, es un arduo trabajo de interpretación descubrir eso siendo que no dejó una obra filosófica explícita como tal, entendamos

[...] que los seres humanos en realidad son totalmente modificables ‘pizarras en blanco’, modificables en términos de lo que llamamos estímulos y respuestas. [...] es al negar esta “modificabilidad completa” que Diderot logra defender una cierta noción de individualidad.<sup>14</sup>

¿Recuerdas lo que te dije unas páginas atrás cuando me proponía a comenzar este ensayo: «Hoy hace un clima agradable a mi parecer, un poco fresco y tranquilo, tengo una taza de cristal...»? Sí, creo que ya lo recuerdas. Pues es a través de ese corto ejemplo que puedo demostrar mejor el punto que hace Diderot respecto al individuo. Cuando comencé este escrito me encontraba en un contexto agradable, tranquilo; el libro me resultó grato, de igual manera el resto de artículos que encontrarás en las referencias fueron de mi interés personal. Ya entiendes, entonces, que esta sea una plática amena y no un trabajo académico, si cambiaras una sola de esas variables, o incluso alguna de las que ni siquiera estoy consciente, el resultado habría sido diferente. Esa es una explicación muy simplificada pero entendible sobre mi relación con el entorno, pero ¿y si tú, querido lector, estuvieras en mi lugar y yo en el tuyo? Si pudiéramos volver unas cuantas páginas atrás, colo-

car un espejo y hacer que tú fueses el que escriba y yo el lector, ¿qué tanto cambiaría el relato?<sup>15</sup>

Mucho, por no decir que todo, a menos de que tú seas yo y yo siga siendo yo, cambiaría casi todo, así permaneciera tantas cosas te he enumerado y más, cambiaría algo de suma importancia para nuestro pequeño experimento. «¿La percepción?». Haz acertado, bajo el determinismo de Diderot, bajo ese fatalismo, el cambio en la percepción es lo que nos vuelve individuos propiamente dichos, tal vez el clima no sería de tu agrado, el licor que elegí, la hora en la que me bañé, el libro, y eso tal vez nublaría tu juicio lo suficiente para que no vieras las sutilezas de la obra, o por el contrario, expandiría tu visión a puntos que para mí son inaccesibles en el aquí y el ahora. De la misma manera, si otro lector que no fueses tú me escuchara tal vez perdería el interés antes, tal vez no me entendería o tal vez en este punto estaría cansado (si es que tú no lo estás ya).

Entonces, «¿qué puedo concluir de todo lo que me has dicho hoy?». ¿Que qué puedes concluir? No lo sé, pero sí sé lo que yo saco de todo esto, lector. Quiero que entiendas que hablar de Denis Diderot es hablar de un enigma que viaja a través del tiempo. De manera similar a Cervantes o a Rabelais, empuja los límites de la literatura y logra transgredir la barrera del lenguaje filosófico hasta llevarlo a lo cómico y satírico sin perder su profundidad. Podrías considerar mi escrito como algo anacrónico, pues he de admitir que no tomé en cuenta el pensamiento ilustrado de la forma que sí lo hice con pensamientos posteriores, quién sabe cuántos de ellos sean contemporáneos, esto pudiese estar mal, pues estoy dialogando con la obra desde una perspectiva muy alejada (¿quién no lo hace?, mi pecado radica en admitirlo), y si piensas así, debo hacerte una pregunta, querido lector, ¿no es correcto dialogar de esta forma con una obra que desde que surgió fue anacrónica? ¿Incomprendida? ¿Adelantada?

<sup>14</sup> *Ibidem*. Traducción propia.

<sup>15</sup> Ya lo ves, lector, no trato de manera formal al narrador del libro, pero sigo sus enseñanzas.

\*\*\*

No creo que lo sepas, no creo saberlo tampoco, pero algo hay detrás de ese discurso que no logramos comprender. Quizá en un futuro cercano o lejano tengamos un manual de lectura para textos de cerebros sin cuerpo, tal vez tengamos cursos que ayuden a ver más allá de lo que el cerebro andante dice, tal vez surja en los años posteriores a sus escritos una nueva línea de pensamiento filosófico bajo la cual seamos capaces de ver tantos ejemplos y acertijos que nos ha dejado ese misterioso cerebro y podamos decir ¡He aquí el gran cerebro! Tal vez. Tal vez. Mas de ser así, será a su tiempo, ni antes ni después, será según esté escrito allá arriba.

#### Fuentes

Diderot, Denis, *Jacques el fatalista*, ePublibre, s/l., 2023. Maciag, Konrad, *El dios de Spinoza*, tesis de doctorado en filosofía, Universidad de Navarra, 2003. Wolfe, Charles y J. B. Shank, «Denis Diderot», en *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Edward N. Zalta & Uri Nodelman (eds.), edición otoño 2023. <<https://plato.stanford.edu/cgi-bin/encyclopedia/archinfo.cgi?entry=diderot>>.